

830
676

DG737
. A2
M2
v. 1
1892



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO «SUCESESORES DE RIVADENEYRA»
Paseo de San Vicente, 20.

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

50016
50016

NICOLÁS MAQUIAVELO.

No es éste el sitio donde expondremos el juicio crítico de Maquiavelo y de sus idas. Lugar más apropiado tendrá al frente de los escritos políticos, que tanta y tan discutida reputación han dado al célebre Secretario de Estado de la República florentina.

Ya en la BIBLIOTECA CLÁSICA ha visto la luz un juicio profundo y completo de Maquiavelo (1). Aquí sólo nos proponemos narrar la vida de este escritor, uno de los más famosos del renacimiento italiano.

El 3 de Mayo de 1469 nació en Florencia, hijo de Bernardo Maquiavelo, abogado y tesorero de la Marca de Ancona, y de Bartola Nelli.

Su familia, antigua y burguesa, vino á establecerse en Florencia, procediendo del valle de Pesa, no siendo

(1) Lord Macaulay, *Estudios Literarios*, pág. 71 (BIBLIOTECA CLÁSICA, t. XI).

cierto, como se ha dicho, que sus antepasados fueran Señores de Montespertoli, y descendientes de los antiguos Marqueses de Toscana; genealogía inventada para satisfacer la vanidad de los Maquiaveli, que llegaron á ser poderosos en tiempo de los Duques de Toscana.

Bernardo Maquiavelo, famoso por su valor, poesía bienes patrimoniales, aunque no era rico, porque la riqueza la daba entonces el comercio. Existe la inscripción de las propiedades de Bernardo en el catastro de 1481, y demuestra, contra lo que repetidamente se ha escrito, que Nicolás gozó hasta su muerte de una modesta fortuna suficiente, sin embargo, para darle honrada subsistencia.

Nada se sabe de los primeros años de Maquiavelo, ni quiénes fueran sus maestros. Aprendió el griego y el latín perfectamente, por lo cual se cree estudiara con los sabios de la Academia platónica, que en sus tiempos celebraban reuniones en el palacio de los Médicis, y después en el de los Rucellai; porque no cabe duda de que, desde su juventud, fué admitido en dicha Academia.

Apenas contaba veinticinco años de edad, cuando en 1494 empezó Maquiavelo á ocuparse en los negocios públicos, guiado por el sabio Marcelo Virgilio Adriani, á quien sus ocupaciones de profesor de literatura griega y latina no impedían ser uno de los más hábiles hombres de Estado de su época.

El cargo que desempeñaba Maquiavelo dependía de la segunda Cancillería, correspondiendo á ésta las relaciones

con los embajadores y los asuntos de la guerra, y es probable que, para empezar su carrera política, escogiera el momento en que, por la expulsión de Pedro de Médicis, fué reformado el gobierno de la República, organizándose sobre bases más amplias y democráticas.

Tenía entonces grande intervención en los negocios públicos de Florencia fray Jerónimo Savonarola; pero no puede asegurarse que á éste debiera el cargo que desempeñó, como algunos han escrito, confundiendo á Nicolás con un homónimo de su misma familia; pues en las obras de aquél bien se ve que no fué amigo ni admirador del célebre fraile dominico, mientras se sabe que éste era ardiente partidario de la secta de Savonarola.

Pronto debió demostrar Maquiavelo la superioridad de su entendimiento en la carrera que había emprendido, porque al vacar en 1498 el cargo de Canciller, se lo dieron, á pesar de solicitarlo hombres de gran mérito y de más edad, entre ellos Francisco Baroni. Á las pocas semanas de desempeñar este cargo, por otra determinación en 14 de Julio, le eligió la Señoría Canciller adjunto á los Diez de la libertad, cargo importantísimo, por entender en él de los asuntos militares, y más importante entonces porque Florencia combatía para vencer la rebelión de la ciudad de Pisa y defenderse de los venecianos, que, á instigación de los Médicis, movieron guerra á la República florentina. Nombrado sólo para el mes de Agosto, desempeñó dicho cargo cerca de quince años; prueba evidente de que no encontraron quien mejor que

él lo ejerciera. Multitud de documentos de la época demuestran que, mientras tuvo á su cargo estas funciones, en los asuntos exteriores y en los de la guerra, nada importante se hizo sin su dirección y consejo.

Además de los negocios inherentes á la Cancillería, desempeñó en este tiempo gran número de embajadas importantísimas, de las cuales sería prolijo dar por ahora detallada cuenta. Empezó esta serie de comisiones que le dió la Señoría, ó más bien el Consejo de los Diez, en Noviembre de 1498, con la misión al Señor de Piombino, que estaba á sueldo de la República, para excitarle á que fuera al asedio de Pisa, y por segunda vez fué enviado á dicho Señor en 24 de Marzo de 1499, cuando se encontraba en Pontedera, para exhortarle á que cumpliera su deber, no insistiendo en el aumento de sueldo que pedía. Después desempeñó otra comisión en Julio del mismo año cerca de Catalina Sforza Riario, en Forli, relativa á la conducta de su hijo Octavio.

Varias veces en Junio y Julio de 1500 estuvo de Comisario en el campamento de las tropas que sitiaban á Pisa, donde sufrió grandes trabajos y expuso su vida. Sin duda entonces fué cuando escribió el *Discurso al Consejo de los Diez sobre las cosas de Pisa*.

Diéronle en 18 de Julio la misión más importante, de ir á Francia con Francisco de la Cosa, embajador cerca de Luis XII, para mostrar á este monarca la verdad respecto al comportamiento de los soldados que, á ruegos de la República florentina, envió contra Pisa, y jus-

tificar al Gobierno de Florencia de los cargos que le dirigian aquellos rapaces mercenarios para excusar su torpe conducta.

Testigo ocular de lo ocurrido, fué Maquiavelo el alma de aquella embajada, volviendo á su patria, después de seis meses de ausencia, en 14 de Enero de 1501. Pocos días desempeñó entonces las ocupaciones de su cargo, porque á fines de este mes tuvo que ir á Pistoia, donde la agitación era grande por el odio entre las facciones Panciatica y Cancelliera; y después á Cascina y á Siena, por asuntos relativos á la guerra de Pisa. Volvió á Pistoia en Agosto, y logró que los bandos rivales juraran la paz, que duró muy poco, como toda paz impuesta con amenazas. Empezados de nuevo los disturbios, tuvo que volver Maquiavelo en Octubre, acompañado de Nicolás Valori.

Entre los meses de Mayo y Octubre fué varias veces á Arezzo, primero para ver á Vitellozzo Vitelli, *condottiero* de César Borgia, que instigaba á la ciudad á rebelarse; después al ejército francés que envió el rey Luis XII para someter á los rebeldes, llevando instrucciones á los Comisarios florentinos que estaban en dicho ejército. A su vuelta presentó á la Señoría un informe, del cual sólo queda un fragmento, sobre el *Modo de tratar á los pueblos rebelados de la Valdichiana*.

La misión cerca de César Borgia, á quien encontró en Imola el 1.º de Octubre de 1502, y acompañó por la Romagna y la Umbria, hasta el 23 de Enero del año

inmediato; es demasiado conocida, para entretenerse en narrar su objeto, pues dió ocasión á unos de los escritos más populares de Maquiavelo, titulado: *Descripción del procedimiento empleado por el duque Valentino para matar á Vitellozzo Vitelli, á Oliverio de Fermo, al señor Pablo y al duque de Gravina Orsini*. Persuadido César de que con esta tragedia (que le parecía originada en la necesidad de defenderse) no había desagradado á la República florentina, indujo al papa Alejandro VI á que solicitara la alianza de Florencia con la familia Borgia; por lo cual Pedro Soderini envió á Siena á Maquiavelo, como embajador cerca de Pandolfo Petrucci, en 26 de Abril de 1503, para decirle lo ocurrido é invitarle á hacer causa común con los florentinos.

Durante estas negociaciones murió Alejandro VI, y Maquiavelo fué enviado á Volterra á concertarse con el cardenal Francisco Soderini, para la elección del nuevo Papa, acompañando á este prelado hasta Valdarno cuando se dirigía á Roma. Después, el 14 de Octubre, fué á la Ciudad Eterna, donde se había reunido el Cónclave para la elección de Pontífice, por muerte de Pío III, que sólo vivió veintiséis días desde su elevación al Pontificado, y no volvió á Florencia hasta el 22 de Diciembre.

No descansó allí mucho, pues el 12 de Enero del año siguiente fué comisionado para ir á Firenzuola, y dos días después está fechada la misión que se le dió de volver segunda vez á Francia, para donde partió el 19, tra-

tando en Lyon con el rey Luis el objeto de su embajada. A su vuelta, que debió ser á mediados de Febrero, tuvo la fortuna de dar á la Señoría seguridades de que, en la tregua convenida entre Francia y España, estaba comprendida la República florentina, siendo, por tanto, infundados los temores que suscitaba la fortuna de las armas españolas en Italia.

En Abril del mismo año fué á Piombino, con pretexto de avisar á Jacobo IV de Appiano, Señor de aquella ciudad, de algunos peligros que le amenazaban, y darle consejos; pero en realidad para averiguar sus intenciones y obligarle á ser fiel á Florencia. Apenas de vuelta en esta ciudad, salió el 8 del mismo mes para Castiglione del Lago, con objeto de pedir á Juan Pablo Baglione, que estaba á sueldo de la República florentina, cumplierse su deber, yendo con sus tropas contra los pisanos, lo que no quería hacer, bajo pretexto de necesitar guardarse de sus enemigos, que en Perusa minaban su poder. Persistiendo Baglione en su negativa, fué Maquiavelo á Mantua para ajustar los servicios militares del marqués Juan Francisco Gonzaga; pero no logró su objeto, por las exigencias inmoderadas de éste.

Envióle su Gobierno, en Julio, á Siena para dar las gracias á Pandolfo Petrucci por el aviso que secretamente dió á la Señoría de las hostiles intenciones de Bartolomé de Alviano, que intentaba socorrer á los pisanos, y para contratar los servicios de éste, á sueldo de Florencia. Pero como Alviano jugaba con cartas dobles,

meditando una traición, Maquiavelo, que le conocía bien, vencióle en astucia y, conseguido lo que deseaba saber, le dejó sin acordar nada. Bartolomé de Alviano se movió con sus tropas para socorrer á Pisa, pero encontrado por Antonio Giacomini en Torre San Vicente, fué derrotado y dispersada su gente.

Creyeron entonces los florentinos llegado el momento de asaltar á Pisa y, con este objeto, el Consejo de los Diez envió al campamento á su secretario Maquiavelo para arreglar las cosas concernientes al asalto, que no pudo realizarse por la cobardía de los soldados mercenarios.

Este suceso hizo comprender á Maquiavelo que no se podía contar con tropas compradas, y que los Estados necesitaban tener ejército propio. Convencido el Consejo de los Diez de la necesidad de alistar para el ejército á los súbditos de la República, encargó á Maquiavelo dar principio á esta operación. En dicho trabajo se ocupó desde Diciembre de 1505 hasta entrado Marzo del año siguiente, habiendo noticias de su estancia en Val di Sieve, en Mugello y en el Casentino.

Comprendió Maquiavelo, antes que otro alguno, cuán falso era el sistema militar de los italianos, que, extinguiendo el valor y la disciplina, hacía á Italia fácil presa de los extranjeros. Opinó, por tanto, que se debía abolir el empleo de tropas mercenarias y organizar un ejército nacional. Pero como para desarraigat afejas preocupaciones se necesita tiempo y conviene proceder poco á

poco, empezó por aconsejar al Consejo de los Diez que ordenara el alistamiento de un hombre por familia. Dióse este primer paso en 1500; y, entretanto, se mandaba que cada familia declarase el número de hombres aptos para empuñar las armas. Así se logró tener en el momento necesario 10.000 hombres bajo la bandera de la República, escogidos entre los mejores del alistamiento y en proporción al número de habitantes de cada localidad.

Crecieron de este modo los negocios relativos á la guerra y comenzó Maquiavelo á preparar la opinión pública en dicha materia, pronunciando, en Marzo de 1503, un discurso en el Consejo público, para exhortar al pueblo á armarse en su propia defensa, en vez de fiarla á tropas mercenarias y aconsejarle que hiciera los sacrificios necesarios á fin de atender á los gastos del armamento. Después presentó al Consejo de los Diez un escrito (que se conserva manuscrito en la Biblioteca nacional de Florencia, y que recientemente ha publicado el profesor Alejandro de Ancona), con el cual le convenció de que la organización del ejército debía confiarse á una junta de nueve ciudadanos, dependiente del citado Consejo, que se llamó de los Nueve de la Ordenanza y de la Milicia, la cual debía ocuparse de la formación de las compañías, de la instrucción y disciplina del soldado y de que el número fijado de fuerzas permanentes estuviera siempre completo, armado, instruido y dispuesto á salir á campaña; no quedando al Consejo de los Diez otra au-

toridad en el ejército que el exclusivo derecho de moverlo y dirigirlo en la guerra. Maquiavelo fué el secretario y el alma de esta junta de los Nueve, y á él se debe la célebre provisión de 6 de Diciembre de 1506, que instituyó dicha autoridad y se daban reglas para la infantería; como también la de 20 de Marzo de 1512, en que se determinaba la organización de la caballería. Con estas instituciones creó Maquiavelo las bases de los ejércitos modernos, é inició el sistema que, aprovechado después por Manuel Filiberto de Saboya, hizo la gloria del Piamonte, y más tarde la de Prusia, que lo imitó. Convirtió, pues, la milicia, de oficio, en institución nacional, é introdujo atrevedisima innovación, demostrando la superioridad de la infantería sobre la caballería.

Estas reformas fueron grandemente elogiadas por sus contemporáneos, como lo acreditan, entre otros documentos, dos cartas del cardenal Soderini, llenas de patriótico entusiasmo, dirigidas, una á su hermano Pedro, y otra al mismo Maquiavelo.

Mientras ocupábase en la reorganización del ejército, fué enviado por segunda vez á la corte de Roma, el 25 de Agosto de 1506, y volvió el 1.º de Noviembre, habiendo acompañado á Julio II hasta Imola, cuando se dirigía á la recuperación de Bolonia. Esta misión tuvo por objeto convencer al altivo y desconfiado Pontífice del buen ánimo que hacia él tenían los florentinos, y de lo mucho que deseaban favorecerle en aquella empresa.

En 14 de Marzo de 1507 fué á reclutar hombres para

la infantería en Valditevere, Valdichiana, Chianti, y en los valles de Elsa y Cecina, estando fuera de Florencia treinta y cuatro días.

En el mes de Mayo le encargaron nueva misión para el Señor de Piombino; pero apenas había llegado á Volterra, recibió orden de volver, porque cesó la causa de la embajada.

Por no grave motivo le envió el Consejo de los Diez á Siena en Agosto, pues el objeto era saber qué comitiva acompañaba el cardenal legado Bernardino Carvajal, á quien se esperaba en Florencia.

De más importancia fué su embajada cerca del emperador Maximiliano en Diciembre de 1507, la cual duró hasta el 16 de Junio del año siguiente. El objeto de ella fué llegar á un acuerdo con el Emperador respecto al subsidio pecuniario que pretendía de la República, con motivo de su viaje á Italia para recibir del Pontífice la corona imperial.

Maquiavelo, que era atento observador de las costumbres y condiciones de los pueblos, estudió las del alemán, y á esta época deben referirse sus escritos titulados: *Retratos de las cosas de Alemania*; *Relación de las cosas de Alemania*, y *Discurso sobre las cosas de Alemania y acerca del Emperador*.

En Agosto hizo una leva extraordinaria de infantería, llevando ésta al territorio de Pisa para devastar las campiñas y robar las mieses, y los mismos daños sufrieron los míseros habitantes de los vicariatos de San Mi-

niato y de Pescia en Octubre, por sospecha de que podían llevar socorros de víveres á Pisa.

Empleó el mes de Enero y dos días de Febrero de 1509 en alistar cabos y soldados en varias provincias súbditas de la República, y en 18 de Febrero fué á inspeccionar el campamento de Pisa, desde donde, en Marzo, se dirigió á Piombino, para tratar, por mediación de Jacobo de Appiano, de un acuerdo con los pisanos, que no pudo realizarse y, volviendo frente á los muros de Pisa, estuvo allí hasta el 8 de Junio, ocupándole varios encargos relativos al feliz éxito de aquella guerra, que terminó con la rendición de la ciudad.

Fué después á Mantua para poner en manos de los comisionados del César el segundo plazo de los cuarenta mil ducados que los florentinos habían convenido entregarle para obtener la confirmación de los privilegios que sus antecesores concedieron á Florencia, y para que renunciara por completo á cuantos derechos pudiera alegar sobre la ciudad y todo el territorio de la República, especialmente sobre Pisa, que acababan de reconquistar los florentinos. Este tratado con el Emperador debióse en gran parte á Maquiavelo.

De Mantua le enviaron á Lombardia con objeto de que viera de cerca la guerra que los aliados en Cambrai hacían á Venecia, é informara á la Señoría; misión que duró desde 10 de Noviembre 1509 hasta 2 de Enero del año siguiente.

Durante esta comisión intentaron sus enemigos cau-

sar su ruina, y en el mes de Diciembre presentaron una protesta á los Conservadores de las leyes, pidiendo que le privaran de todo cargo, por ser hijo de padre bastardo, fundándose en una antigua y olvidada ley. Esta tentativa no tuvo consecuencias, consiguiendo su ineficacia, más que ningún otro, su amigo y colega Biagio de Buonacorsi.

En Marzo fué árbitro para resolver las cuestiones que, por los límites, tenían el Municipio de Gargonza, dependiente de la República, y el de Armaiuolo, que correspondía á Siena; y á fines de Mayo fué enviado á los vicariatos de San Miniato y de Pescia para pasar revista á las tropas y escoger los pisanos con que habían de aumentarse aquéllas.

Era para la Señoría muy importante tener una persona de su confianza cerca del rey Luis XII, el principal aliado de los florentinos, y en quien más que en otro alguno confiaban. Vacante el cargo de embajador residente, encargaron á Maquiavelo que interinamente lo desempeñara hasta el nombramiento del nuevo y, yendo á reunirse con la corte francesa en 24 de Junio, la acompañó á Blois y á Tours, volviendo á su patria el 19 de Octubre.

A este tercer viaje que hizo á Francia debe referirse sin duda el opúsculo titulado *Retrato de las cosas de Francia*, porque duró más que los anteriores y tuvo más tiempo y espacio para enterarse de los hombres y de las cosas.

Ocupadísima fué su vida desde Noviembre de 1510 hasta fin de Mayo de 1511, siendo primero embajador en Siena; destinado después á alistar tropas de infantería y caballería y comisionado en Pisa, en Arezzo y en Poggibonsi, para inspeccionar y poner en buen estado estas fortalezas. Estuvo en Mónaco desde el 11 de Mayo al 5 de Junio, con encargo de ajustar un tratado de amistad con Luciano Grimaldi, Señor de dicha ciudad, y desde el 24 de Agosto al 7 de Septiembre, recorrió el Valdarno superior, la Valdichiana y el Casentino para reclutar hombres hábiles en pelear á caballo.

Apenas hacía cuatro días que estaba de vuelta en Florencia, cuando fué apresuradamente á Lombardía á fin de conferenciar en Milán con el embajador de Luis XII y seguir después á Blois, para tratar directamente con dicho monarca. El objeto de esta misión consistía en intentar, si era posible, que no se reunieran en conciliábulo los cardenales enemigos del papa Julio II en Pisa, donde la República florentina les había dado hospitalidad, conociendo que, por tal causa, se atraía la venganza del implacable Pontífice. No logró Maquiavelo el objeto de su misión, y al volver á Florencia el 2 de Noviembre, le ordenaron el mismo día que fuera á Pisa y persuadiera á los preladados á partir de allí, consiguiéndolo más que con argumentos, con el buen golpe de tropas que, á pretexto de defender á los cardenales, pero en realidad para asustarles, hizo entrar en la ciudad, y más

aún porque la falta de viveres obligaba á los preladados á privaciones ajenas á sus costumbres.

Dada cuenta de esta misión el día 11, fué á la Romaña el 2 de Diciembre para alistar infantería, y con igual objeto recorrió gran parte del Estado florentino desde Mayo á Agosto de 1512.

Entretanto, maduraba la venganza de Julio II, y caía tremenda sobre la República florentina. Comenzó por intimarle que eligiera entre la alianza con el Rey de Francia, ó la adhesión á la liga hecha contra los franceses por España, Inglaterra y Venecia, que llamaba la Liga santa. Negóse á esto el Confaloniero perpetuo Pedro Soderini, fiel al juramento prestado á su aliado el Rey de Francia, y el Pontífice envió á Toscana un ejército español, al cual acompañaba el cardenal Médicis, como legado del Papa. Este ejército tomó y saqueó á Prato, y animó á los partidarios de los Médicis en Florencia para tramar una conjuración que expulsó al Confaloniero y restableció la supremacía de aquella familia.

Maquiavelo no estaba entonces en Florencia, y Soderini no pudo aconsejarse de él, como acostumbraba en los casos difíciles. Fué, por tanto, ajeno á estos sucesos, que cambiaron la situación política y tuvieron para él dolorosas consecuencias. El nuevo gobierno le privó, en 8 de Noviembre, del cargo de secretario de la segunda Cancillería de los Señores, y del que ejercía en el Consejo de los Diez. Por otro decreto del día 10 le confinaron durante un año dentro del perímetro del territorio

de la República, y por otro del 17 se le prohibió entrar también durante un año dentro del palacio de la Señoría, prohibición que, por especiales circunstancias, fué muchas veces interrumpida, pero siempre con autorización especial del Colegio de los Priors.

Más grave contratiempo le ocurrió al año siguiente, porque, descubierta la conjuración de Pedro Pablo Boscoli y Agustín Capponi, contra la vida de Julián y Lorenzo de Médicis, fué Maquiavelo preso por sospechas de ser uno de los conjurados, y sufrió tortura de seis tratos de cuerda, estando algunos días con grillos en los pies.

Era inocente del delito que se le imputaba, y León X, elegido Papa entonces, apenas supo su prisión, ordenó que le pusieran en libertad. Es probable que también se interesara en su favor Julián de Médicis, pues á él dirigió Maquiavelo los dos sonetos escritos en la cárcel.

Al salir de ella se retiró á su posesión en San Casciano, donde transcurrió la segunda parte de su vida.

En la primera, consagrada exclusivamente, como se ha visto, á los negocios públicos, la superioridad de su entendimiento sólo puede apreciarse en la correspondencia que mantenía con el Gobierno al darle cuenta de las misiones que le eran confiadas, y en las cuales puso de manifiesto su admirable sagacidad. Recobrado el poder por los Médicis y privado Maquiavelo de cargo público, aplicó la actividad de su espíritu á escritos literarios y políticos, porque sus anteriores ocupaciones apenas le dejaron tiempo para escribir algunas obras poéticas. La

primera de éstas fué un poema titulado *Decenale primo* que compuso á la edad de treinta y cinco años, en 1504, poema dedicado á cantar los infortunios de su patria, *labores italicos*, según dice en una dedicatoria latina.

Es, pues, el *Decenale primo* una historia versificada de Italia desde 1494 hasta 1504, época de grandes sucesos y lamentables catástrofes, que señala el fin de su independencia; una crónica rimada en que no queda espacio para lucir la imaginación, aunque en los versos se advierta una poesía no exenta de originalidad, predominando el odio á la dominación extranjera y el más exaltado amor á la independencia de su querida Italia. Quiso Maquiavelo imitar el severo colorido del estilo dantesco, y empleó la misma metrificación de Alighieri, la *terza rima*.

Sin terminar dejó la segunda parte del *Decenale*, donde en el mismo estilo y forma proyectaba referir los acontecimientos ocurridos desde 1504 á 1514, y también ha quedado incompleto otro poema titulado el *Asno de oro*, cuyo plan y pensamiento dominante apenas se advierten en los ocho cantos que de él existen, por ser una alegoría llena de alusiones hoy incomprensibles.

Cinco ó seis composiciones más: *La Ocasión*, ingeniosa alegoría imitada de un poeta de la antigüedad; *La Fortuna*, *La Ambición*, *La Ingratitud*, en que los pensamientos morales están expresados en forma verdaderamente poética; una serenata amorosa, imitación de

la poesía de Ovidio *Vertunne*, y, finalmente, los *Cantos de Carnaral*, forman la obra poética de Maquiavelo, en la cual resplandece más la razón que la imaginación. Por ello, y á pesar de su manifiesto propósito de imitar á Dante, su nombre como poeta quedaría oscurecido entre los de aquel tiempo, á no haber escrito una comedia.—*La Mandragora*—que con justicia es apreciada como una de las obras más perfectas del arte dramático en los tiempos antiguos y modernos. «Si la licencia no deshonrara su belleza—dice Mr. Avenel, hablando de esta comedia—me atrevería á afirmar que no hay nada más perfecto, ni en Aristófanes, ni Shakespeare, ni en Molière; y lo más digno de admiración es que esta obra maestra puede considerarse, por su fecha, la primera de las comedias modernas, determinando á la vez, ¡cosa inaudita! el renacimiento del teatro cómico y su perfección.»

Otras tres comedias dejó escritas Maquiavelo: una titulada *Clizia*; otra en verso, cuyo manuscrito no tenía título, y otra en prosa, también sin título, del mismo género de *La Mandragora*, aunque de menos mérito y más licenciosa. *Clizia* es imitación, y á veces copia, de la *Casina* de Plauto. La comedia en verso es la menos buena, pues desde luego repugna á la verdad escénica poner en la Roma pagana una acción destinada á reproducir las costumbres de Florencia en el siglo xv.

Pero las poesías, las comedias, el divertido cuento *Belfegor*, que también escribió durante esta primera

parte de su vida, no son para Maquiavelo más que distracciones con que entretenía su ingenio, mientras se ocupaba de los negocios públicos más importantes. El verdadero trabajo de su talento está en su correspondencia con el Gobierno.

Decimos al principio de esta reseña que no es ahora momento de juzgar á Maquiavelo como escritor político. No trataremos, pues, ni de esta correspondencia, que tanta luz proyecta sobre los sucesos de su época, ni de sus célebres obras tituladas *El Príncipe* y *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*. La verdadera índole de estas obras, relacionada con las costumbres públicas y políticas de los tiempos en que fueron escritas, será objeto del prólogo que acompañe su publicación.

No sin gran pesar dejó Maquiavelo las ocupaciones políticas para dedicarse á las literarias; pero tan pronto como volvieron los Médicis á Florencia, por decreto de 8 de Noviembre de 1512, fué privado, según hemos dicho, de su cargo de secretario del Consejo. Había tomado parte muy activa en la resistencia popular, y por su talento era peligroso enemigo; los vencedores tuvieron, pues, empeño en perseguirle como á otros muchos florentinos importantes, para lo cual sirvió de motivo ó pretexto la conjuración descubierta contra los Médicis, de que antes hacemos referencia. Lo que buscaban los gobernantes entonces no era tanto castigar al conspirador como hacer callar al temible político, y esto lo consiguieron.

Cuando salió de la prisión retiróse á una pequeña finca que había heredado de su familia, y describe en una curiosa carta á su amigo Francisco Vettori cuál era su vida en este retiro.

«Vivo en esta finca mía, le dice y, desde los últimos sucesos políticos, no suman veinte los diferentes días que he estado en Florencia. Hasta ahora cazo tordos. Levántome antes de amanecer; preparo las varetas de liga, y salgo de casa con un montón de jaulas á la espalda, parecido á Gete (1) cuando vuelve del puerto con los libros de Amphitríon. La caza es de dos á siete pájaros, y así he pasado todo Septiembre. Aunque extraña y poco divertida, siento que me haya faltado esta distracción.

»Mi vida actual es la siguiente: me levanto antes de salir el sol y voy á un bosque que he mandado cortar. Paso allí dos horas viendo el trabajo del día anterior y conversando con los leñadores, que siempre tienen alguna cuestión pendiente, ó entre sí, ó con los vecinos.

»Cuando me aparto del bosque voy á la fuente, y desde allí á donde tengo los aparatos de cazador de pájaros, con un libro bajo el brazo, Dante, Petrarca ú otro poeta de menos categoría; Tibulo, Ovidio ú otro semejante. Leo sus apasionados amores, recuerdo los míos, y paso algún tiempo complacido con estas ideas.

»De allí voy por el camino á la hostería, y hablo con

(1) Personaje de comedia.

los que al paso encuentro, preguntándoles noticias de su país. Oigo diferentes cosas, advierto distintos gustos y diversas imaginaciones. Cuando llega la hora de comer, lo hago con mi brigada de trabajadores, alimentándome con lo que mi pobre finca y escaso patrimonio me producen. Después de comer vuelvo á la hostería, donde ordinariamente encuentro al posadero, un carnicero, un carbonero y un ebanista. Con ellos me encanallo durante el resto del día jugando al chaquete, que ocasiona mil disputas y disgustos con acompañamiento de palabras injuriosas, todo, las más veces, por un ochavo, lo que no impide que oigan nuestros gritos en San Casciano. Sumido en esta villanía impido que enmohezca mi cerebro, y contemplo cara á cara mi mala fortuna, satisfecho de que me pisotee, para ver si se avergüenza.

»Llegada la noche, vuelvo á casa. Antes de entrar en mi gabinete, me quito el traje de campo, sucio y enlodado, y decentemente vestido me presento ante los hombres de la antigüedad. Acogido amorosamente por ellos, satisfago mis necesidades intelectuales con este alimento, el único que me conviene y para el cual he nacido. No temo, pues, conversar con ellos y pedirles cuenta de sus actos, porque siempre me responden cortésmente. Durante cuatro horas no sufro ningún enojo, olvido las penas, y ni la pobreza me asusta ni me espanta la muerte.»

En esta carta es donde, impulsado, según dice, por la miseria que teme llegue á hacerle despreciable, pide á

Vettori que le recomiende á los Médicis para que le den algún cargo, aunque sea el de *hacerle rodar una piedra*.

En 1519, siete años después de la vuelta de los Médicis á Florencia, murió Lorenzo de Médicis. Este suceso hizo á los florentinos pensar de nuevo en su libertad. León X, que no tenía sucesor para su sobrino, y deseaba, sin embargo, conservar en Florencia la autoridad de su familia, pidió á Maquiavelo que le expusiera sus ideas acerca de las instituciones que convendría establecer para la prosperidad del Estado.

Documento por demás curioso es la memoria que con este motivo escribió Maquiavelo, y que en la colección de sus obra lleva por título *Discurso al Papa León X*. En no pocos sitios de este escrito se ve claro el empuje de Maquiavelo, que desea la república, aconsejando á un príncipe que quiere la monarquía; y la moral de aquel tiempo se manifiesta sin pudor alguno en los consejos de fraude que el publicista da al Papa. Declara primero Maquiavelo que sólo la república es posible en Florencia; pero apresúrase á añadir: «Verá Vuestra Santidad que en mi proyecto de república, no sólo conservo íntegra su autoridad, sino hasta la aumento.» Y más adelante añade: «Si examino estas diversas instituciones, en vida de Vuestra Santidad y de monseñor el Cardenal (el primo de León X), veo una verdadera monarquía, porque tenéis la iniciativa de las leyes, y no sé qué es lo que puede desear de más un jefe de Estado.» Además, Maquiavelo atribuye exclusivamente á los dos

Médicis el nombramiento de magistrados para el Consejo de los Sesenta y cinco, el de los Doscientos y el de la Balía. En cuanto á los cargos inferiores, cuya elección reserva exclusivamente al pueblo representado por el *Consejo de los Mil*, dice seriamente Maquiavelo á León X que podrá igualmente escoger á los que juzgue más á propósito. «Y para que vuestros partidarios, añade, tengan seguridad de estar en las bolsas (1) cuando se trate de apelar á los sufragios en el Consejo, Vuestra Santidad puede designar ocho escrutadores, que, *contando los votos secretamente, puedan hacer recaer la elección en quienes ellos quieran.*» No es posible expresarse en términos más claros. Lo dudoso, dice Mr. Avenel, es que el pueblo florentino, al cual presenta Maquiavelo celoso de su libertad, consintiera tal superchería, ni que Maquiavelo la aconsejara, no digo lealmente, porque de esto no se cuidaba, sino lógicamente, después de haber mostrado algunas páginas antes que uno de los vicios que contribuyeron á la caída del antiguo régimen en Florencia fué «no tener el pueblo en el gobierno la participación que le correspondía, y hacerse los escrutinios de modo que era fácil cometer fraude en ellos.»

No se sabe, pues, á quién quiere engañar Maquiavelo en este opúsculo, si á León X ó al pueblo florentino.

(1) Las bolsas electorales equivalían entonces á lo que hoy son las urnas electorales.

Muerto Lorenzo, fué Maquiavelo mejor acogido por los Médicis. El cardenal Julio, que quedó al frente del gobierno de Florencia, le encargó escribir la historia de su patria, señalándole una pensión para este trabajo.

La *Historia de Florencia*, pagada por los Médicis, no es obra ni de un cobarde adulator de esta casa, ni de un enérgico defensor de la libertad de Toscana. En ella prueba Maquiavelo más habilidad que valor, porque no condena ni á los defensores de la libertad ni á sus opresores. Él mismo nos dice los convenios que hacía con su propia conciencia de historiador. En 1524 escribía á Guicciardini, que estaba entonces al servicio de León X:

«Llegado á punto de narrar ciertas particularidades, desearía saber de vos si no corro riesgo de incurrir en desagrado realzando ó rebajando los acontecimientos. De todos modos, procuro aconsejarme de mí mismo escribiendo de modo que, sin dejar de decir la verdad, nadie pueda quejarse de mí.»

Difícil es adivinar lo que sea una veracidad tan prudente, y cómo, refiriendo sucesos contemporáneos, se puede contentar á todo el mundo.

«Juzga en esta obra, dice Lord Macaulay, á Cosme, Pedro y Lorenzo de Médicis, con una libertad é independencia tan completas que así hacen honor á quien la escribió como á quien la mandó escribir; que las miserias y las humillaciones de la dependencia, el pan más amargo y la escalera más penosa de subir no fueron parte á

degradar á Maquiavelo, así como tampoco el puesto más corruptor, en un ejercicio corrompido, lograron pervertir el noble corazón de Clemente VII.

» Por lo demás, esta historia no parece ser fruto de lento trabajo y prolongadas investigaciones; carece de exactitud, pero está elegantemente narrada, y es pintoresca por extremo y animada cual ninguna otra escrita en lengua italiana, y leyéndola se recibe una impresión más viva y fiel de las costumbres y del carácter nacional que pueden dar las relaciones más correctas. Acontece así porque antes pertenece la obra de Maquiavelo á la literatura antigua que no á la moderna, y porque no tanto se halla escrita á la manera de Dávila y de Clarendon, como á la de Herodoto y de Tácito. Diríase por esto que las historias clásicas son novelas basadas en hechos, porque si bien la relación está estrictamente ceñida á la verdad en todo lo principal, los pequeños incidentes, que tanto interés añaden á los hechos de más cuenta, las palabras, las acciones, las miradas, evidentemente son debidas á la imaginación del autor.

» En nuestros días se hace de otro modo: el escritor da una relación más exacta; pero no está todavía puesto en claro que quien lee reciba nociones más precisas por eso. Por lo que á nosotros respecta, diremos que, á nuestro parecer, son los mejores retratos aquellos que adolecen de alguna exageración, y no estamos muy seguros de que las mejores historias no sean aquellas en las cuales se emplea en cierto modo y hasta cierto punto

alguna parte de ficción; porque si bien es verdad que la exactitud pierde algo, no lo es menos que el efecto gana mucho en ello, descuidando un poco las líneas secundarias para que los rasgos característicos se graben y queden para siempre fijos en la memoria.

»Termina la historia con la muerte de Lorenzo de Médicis. Parece que Maquiavelo se proponía continuarla; pero acabó su proyecto con su vida, y Guicciardini fué quien tomó sobre sí el triste cargo de narrar la historia de la desolación y de la ignominia de Italia (1).»

Maquiavelo divide su historia de Florencia en ocho libros. El primero, escrito en un estilo que por la rapidez, claridad y precisión sólo puede compararse al de Tucídides, es un cuadro admirable de los acontecimientos que quebrantaron y destruyeron el Imperio romano, fundando sobre sus ruinas nuevas naciones, y de los trastornos que sufrió Italia hasta llegar á la situación en que se encontraba en tiempo del autor. Este vastísimo panorama es el único en que tantos sucesos y tan distintos periodos aparecen admirablemente distribuidos en orden perfecto, con distinción juiciosa de las pequeñas y las grandes cosas, uniendo perfectamente á las causas sus resultados, á los principios las consecuencias. El método en la narración no puede ser más luminoso, ni la exposición más rápida.

(1) *Guicciardini.—Historia de Italia*, traducida al castellano por el rey D. Felipe IV. (BIBLIOTECA CLÁSICA, 6 tomos.)

Ningún otro historiador de Florencia refiere con más fidelidad los frecuentes trastornos que ocasionaban las facciones, y aunque á veces la multiplicidad de los detalles fatiga la atención, la verdad de la narración y el interés de los resultados hacen olvidar este defecto.

El libro segundo recuerda la fundación de Florencia, su rápido crecimiento por las colonias romanas que allí se establecieron y la importancia de las colonias en la antigüedad. Termina este libro con la humillación del partido de los nobles.

En el tercero, antes de poner de manifiesto las consecuencias de este suceso, refiere el historiador los males que resultan en todas las repúblicas del choque de los partidos aristocrático y popular, comparando los efectos de esta lucha en la antigua Roma y en Florencia.

El cuarto libro comienza con graves consideraciones sobre la suerte de las repúblicas que, teniendo un vicio de constitución, pasan frecuentemente de la libertad á la licencia.

Al principio del quinto libro hace observar los cambios que todos los Estados sufren, y las alternativas continuas del bien al mal.

La historia, propiamente dicha, de la República florentina la empieza Maquiavelo en el año 1205, y llega á 1494. Aunque la segunda parte de esta obra sea algo inferior á la primera, tiene para la posteridad un interés inmenso, pues en ella se ve la clave y el plan de la política de los Médicis.

Se censura en Maquiavelo la frialdad, la indiferencia con que narra los sucesos, merezcan elogio ó vituperio, sin calificarlos, y fijándose sólo en la importancia de las consecuencias; pero esto no dependía tanto de su carácter, como del deseo de aparecer imparcial, porque el mismo defecto se echa de ver en la clásica *Historia de Italia*, de Guicciardini, donde ya no se refieren las luchas entre italianos, sino la destrucción de la libertad é independencia de Italia por extranjeros, y cabía mejor que en la *Historia de Florencia* la expresión del patriotismo contra los invasores.

Además, Maquiavelo, al escribir esta *Historia*, luchaba con una dificultad casi insuperable, que sólo su genio pudo vencer. Era enemigo de la política y de la casa de los Médicis, y la escribía por orden y á costa de un Médicis. No podía, pues, inclinarse en sus juicios y apreciaciones, ni en favor ni en contra de los Médicis, y prefirió, haciendo exacta narración de los sucesos, dejar al lector el cuidado de estimar la moralidad de las acciones.

Además de las obras ya citadas, escribió Maquiavelo la titulada el *Arte de la guerra*, en que, en forma de diálogo, trata de la organización de los ejércitos y pone de manifiesto la ventaja de la infantería, arma que en la Edad Media, y aun en el siglo XVI, no fué tan estimada como la caballería.

Sin duda por los conocimientos que demostró en estas materias, el papa Clemente VII le encargó, en unión de algunos arquitectos militares, la restauración de los muros

de Florencia, y después le envió á las órdenes de Francisco Guicciardini, Comisario del Papa en el ejército de la Liga de los Estados italianos contra el emperador Carlos V. Estas ocupaciones apenas dieron alimento á su extraordinaria actividad, ni sus trabajos impidieron el asalto y saco de Roma por el duque de Borbón en 1527, año en que dejó esta vida el célebre florentino.

No es cierto que muriera, como, según Varchi, creyeron muchos, de pesar, al ver que era preferido un escritor de poco valer, Donato Giannotti, para el cargo de secretario de Estado, que Maquiavelo esperaba desempeñar nuevamente; porque su muerte fué anterior al nombramiento de Giannotti. Otros dijeron que había sido envenenado, sin duda por el contenido de la siguiente carta que uno de sus hijos escribió á Francisco Nelli, profesor en la Universidad de Pisa.

«Con lágrimas en los ojos os digo que el 22 de este mes, nuestro padre Nicolás ha muerto de dolores de entrañas, causados por un medicamento que tomó el día 20. Confesó sus pecados con el P. Mateo, que le ha acompañado hasta el último momento. Ya sabéis que nuestro padre nos deja en gran pobreza.»

No puede deducirse de esta carta si la muerte de Maquiavelo, causada por la medicina que tomó, fué un hecho casual ó meditado envenenamiento.

Estuvo Maquiavelo casado con una hija de Luis Corsini, llamada María, de la cual tuvo cinco hijos: Pedro, autor de la citada carta, que fué caballero de San Juan

de Jerusalén; Guido, que entró en un monasterio; Bernardo y Luis, cuya suerte se ignora, y una hija, Baccia, que casó con Juan de Ricci.

Era Maquiavelo de mediana estatura, color cetrino y carácter seco. Su fisonomía, dura, pero de extraordinaria distinción, anunciaba una energía inflexible. Su conversación era amena, pero en las relaciones privadas usaba un tono dominante, que desaparecía al tratar de los asuntos é intereses políticos.

Dos siglos y medio pasaron sin que nadie pensara en tributar honra alguna á su memoria en Florencia, cuando en 1787, un gran señor inglés, lord Nassau-Clavering, conde de Cowper, le hizo construir un mausoleo con esta inscripción:

«Tanto nomini nullum par elogium: Nicolaus Machiavelli obiit, anno A. P. V. MDXXVII.»

En tiempos posteriores han sido tributados á la memoria de Maquiavelo públicos honores. Cuando Italia llegó á ser una y libre, pagó su deuda al insigne florentino, que siempre aspiró á la unidad y á la libertad de su patria. El 3 de Mayo de 1869 se celebró con gran pompa en Florencia el Centenario de Maquiavelo, siendo puesta en la casa donde vivió y murió una lápida de mármol con esta concisa y enérgica inscripción:

«Á Maquiavelo, precursor audaz, inspirado, de la unidad nacional; al primero que enseñó á su patria á servirse de sus propias armas.»

HISTORIA DE FLORENCIA.